

Antología de matias22

matias22



Presentado por

Poemas del Alma 

índice

La Fortaleza Silenciosa

Un tramo del camino

El peso de la complacencia

Ecos del vacío

El guardián del reflejo

El Último Silencio

La mesa vacía y la soledad potenciada por la alegría ajena

El Altar de las Apariencias

El Pedestal de Ceniza

sin titulo

Cuando ya no es útil como actor de reparto

Lo que no debía salir

La Fortaleza Silenciosa

La noche se hizo larga, un eco mudo y frío, donde habitó el insomnio, voraz, sin alivio. El pulso desbocado, tambor de taquicardia, y un nudo en la garganta que la voz no confía. Es el mapa secreto de un temblor profundo, todo aquello que nadie, nadie ve en este mundo.

Y sin embargo, al alba, se alza el traje de seriedad, pones el rostro firme, sin sombra de piedad. Te vistes de coraza, de roca impenetrable, y sales a la calle, rutina inexorable.

Desayunas, das el paso, y la sonrisa es un pacto, un gesto maquillado que imita el tacto exacto de quien no siente el golpe, de quien no doliera nada.

Las noches sin dormir, las taquicardias, el nudo en la garganta... Todo lo que nadie ve. Y sin embargo, te pones el traje de seriedad y el rostro impenetrable. Sales a la calle. Desayunas. Y sonrías como si nada doliera. Llevas puesto el caparazón, una barrera que nadie puede cruzar, para que nadie sepa lo vulnerable que eres, ni todo lo que grita tu mente. Eso, eso se llama fortaleza.

A ti, el guerrero que lucha en soledad.

Esta obra es un espejo de tu inmensa valentía. Es para ti, que has convertido el silencio en tu armadura más pesada. Tu lucha, invisible para el mundo, es la prueba de una Fortaleza inmensa.

Que este escrito te recuerde algo esencial: No estás solo.

Hay otros guerreros a tu lado, en la misma trinchera silenciosa. No tienes que sostener la barrera cada segundo. Permite que, por un instante, tu alma respire sin el peso de la apariencia.

La fortaleza no está en ocultar el dolor, sino en atreverse a buscar una luz para disipar la niebla. Estás siendo valiente, incluso en tu quietud. Y eso, te hace inquebrantable.

Un tramo del camino

Llegó con ese mensaje inesperado, como una voz que surgió del anonimato para caminar a tu lado. No fue solo el tiempo lo que transcurrió, sino la construcción de algo que no tiene nombre, pero que se siente en el alma.

Fue esa guía que necesitaste en el camino que decidiste recorrer, te guio por el sendero para dejarte con un papel.

Él supo leer la belleza de tu personalidad sin necesidad de verte, valorando cada palabra y cada silencio, entendiendo anhelos y deseos, el amor que le ponés a la vida y hasta los miedos y penas que cargás por dentro. Cumplida la misión, cuando el destino marca el final de ese tramo, él elige la retirada noble del que ha dado todo.

Y así como llegó desapareció., agradeciendo la compañía deseándote lo mejor.

Quedas con la certeza de que algunas personas no vienen para quedarse, sino para transformarte.

Y de repente aparece alguien en tu vida que era un completo desconocido y termina siendo una de las personas más importantes de esa etapa. Aparece sin pedirlo, en el momento indicado, para luego desaparecer en las penumbras, mostrando mientras se aleja su rostro más humano, como si aquella rigidez que sostuvo al acompañar también desapareciera, dejando ver la otra cara de su personalidad.

El peso de la complacencia

Fui artesano de mis propias cadenas, levanté muros con culpas que no eran mías, cedí espacio, paz y aliento al deseo ajeno, creyendo que ceder era cuidar.

Me vi atrapado en tramas que no elegí, habitando sombras dentro de mis días, todo por miedo a quebrar el cristal, a decir que no, a descubrir que mi entrega no era salvación.

No supe nombrar el límite a tiempo, y ese silencio me llevó a vivir escenas que hoy solo guardo como marcas, como lecciones talladas en la memoria.

Hoy miro las fotos de aquel tiempo distante: el alma abierta en la palma de un extraño. Y aunque el arrepentimiento roce la piel, aprendí algo simple y feroz: mí no es mi escudo más fiel.

Ecos del vacío

Ayudé a construir techos bajo los que no dormí,
encendí fuegos para inviernos que no eran míos,
y en el silencio de los que se fueron sin mirar atrás,
comprendí que la gratitud es un lenguaje que no todos saben hablar.

?Siento esa nostalgia mansa, casi extraña,
no por los que se fueron, sino por las manos extendidas,
por esos tiempos que dediqué y hoy son distancia,
por las palabras que se hundieron en la herida.

?No hay rencor en mi pecho, solo un pensamiento:
me asombra que el olvido llegue tan pronto,
incluso cuando se dio todo sin buscar nada a cambio,
soltando las manos que un día ayudaron a crecer.

?Hoy acepto que fui
un actor de reparto en guiones que no eran míos,
y aunque la nostalgia a veces me atrapa,
entiendo que cada quien tiene su propio vacío.

?

El guardián del reflejo

Me miro al espejo y no veo el presente, veo el eco de un llanto que nadie quiso oír, la huella de las manos que, debiendo dar abrigo, eligieron el golpe y el vacío para hacerme vivir.

Recuerdo el frío de la puerta cerrada en mi cara, el abandono de quedarme siempre del lado de afuera, mientras quienes debían ser mi puerto y mi calma me hundían la cabeza en el agua, intentando robarme las primaveras.

Me llamaron inútil mientras me colgaban del pelo, fui el error no deseado de un tiempo adolescente, un náufrago buscando piedad en su propio suelo, creciendo a la sombra de un odio impaciente. **Un niño que aprendió a ser adulto antes que adolescente.**

Hoy me juzgan por serio, por callado y distante, por no soltar palabras que el viento despoja, pero mi "frialdad" es el muro constante que cuida al pequeño para que ya no sufra, para que ya no escoja.

No lloro por el hombre golpeado, lloro por ese niño que algún día fui, y aunque mi piel esté de cicatrices marcada, no guardo rencor... solo aprendí a caminar.

Los abrazos que doy al saludar, quizá sean los que faltaron en mi niñez.

El Último Silencio

La casa vacía con el silencio que siempre me acompaña, la mesa es un páramo de madera bajo la luz enferma que entra por la ventana, el vino sobre ella, busca cargarme de una valentía que se me escurre. Bebo el olvido a tragos largos mientras el humo del cigarrillo se pierde en el techo, igual que se perdieron mis ganas de mañana.

Frente a mí, un cuaderno en blanco espera un mensaje que no logro escribir, y en su margen observo un nombre de quien me dio aliento este último tiempo; un rastro de humanidad que hoy me observa desde el silencio de la hoja. Es solo un nombre, una huella de quien estuvo ahí durante este vacío.

La mano tiembla, pero el metal permanece impasible. Siento el frío del arma que se apoya en mi cabeza, un beso de hierro que me ofrece el fin de todo este estrépito. Es la llamada de la muerte, un silbido sordo que me reclama, mientras busco en el fondo del vaso el coraje para apretar el mundo.

Pero en este borde, la memoria se vuelve un vendaval furioso. El ruido del viento afuera golpea las chapas, recordándome que sigo aquí, y mi vida entera desfila en un segundo, nítida y cruel: los rostros de los seres queridos, los días de sol, los inviernos largos. Todo pasa por el cuerpo mientras el acero presiona la sien, y el eco de esos recuerdos es lo único que me queda antes del silencio.

La mesa vacía y la soledad potenciada por la alegría ajena

El viento de la ciudad sopla como de costumbre, mientras la gente se amontona tras vidrios empañados. Hay un estrépito de risas que a mi puerta no se acerca, y un brindis que resuena en los hogares de los otros lados.

Miro mi mesa desierta, este desierto de madera y frío, donde la angustia se sienta a cenar sin haber sido invitada. Duele el contraste del abrazo ajeno con este vacío mío, y la fiesta del vecino que me hace sentir que no soy nada.

Es un puñal de colores cada luz que en la calle brilla, una burla de paz en una noche que me encuentra roto. Mientras las familias se unen en su orilla, yo naufrago en el centro de este silencio remoto.

Recuerdo aquellas mesas de mi adolescencia, los amigos que me buscaban para no dejarme solo. A ellos les doy las gracias por haberme dado vida, aunque hoy sus sillas vacías sean mi único consuelo.

Ellos me reservaron un lugar cuando el mundo era joven, un espacio que hoy el olvido se empeña en devorar. Brindo por esos recuerdos antes de que se borren, mientras aprendo a aceptar que hoy me toca sangrar.

Que sigan con su alegría de manual y sus ritos de vitrina, que yo me quedo con mi verdad, aunque sea amarga y fría. En esta noche de ausencias, donde la pena camina, mi soledad es el único banquete que todavía es mío.

El Altar de las Apariencias

Se visten de domingo para esconder el lunes que llevan en el alma, lucen sonrisas de porcelana, barnizadas con una fe que no les pertenece. En el templo se arrodillan, golpean el pecho con un eco hueco, mientras susurran plegarias que el viento, por vergüenza, no quiere elevar.

Son los arquitectos de la vida ideal, los que ilustran cielos en muros de barro, pero cuando la puerta se cierra y la luz pública se extingue, sus lenguas se vuelven dagas bañadas en el veneno del desprecio. Para ellos no eres un hombre, eres el escombro de sus propias miserias.

Te defenestran con la misma mano que minutos antes repartía el pan, te miran como lo más indigno, como la mancha en su mantel de encaje. Es la dialéctica de los hipócritas: amar a un Dios que no ven mientras pisotean la humanidad que tienen frente a sus ojos.

¡Qué solos están tras sus máscaras de santidad de cartón! Prefiero mi vino amargo, mi casa vacía y mi verdad desnuda, que ese paraíso de vitrina donde el odio se disfraza de bendición y la caridad es solo el maquillaje de una sombra que desprecia.

El Pedestal de Ceniza

Se siente inmenso porque el cargo le presta la estatura, mide su valor por el ancho del escritorio y el peso de su firma. Lleva el mando como un látigo, no para guiar, sino para marcar, creyendo que el rango le otorga el derecho de ser el dueño del aire.

Mira desde una cima que él mismo se inventó en su oficina, y ve hombres como hormigas, como piezas que puede patear, porque en su jerga de espejos, la dignidad es un lujo de su casta y el respeto, una moneda que solo se gasta con los de su altura.

Avasalla con la impunidad del que se cree un sol inalcanzable, sin saber que su luz es prestada y su trono es de papel mojado. Pisa la humanidad ajena para sentir que no es tan pequeño, mientras se embriaga con el eco de su propia voz mandante.

¡Qué pobre diablo el que necesita un título para no ser nadie! Cuando el cargo se apague y la silla quede al fin vacía, se dará cuenta de que el poder era solo el disfraz de su miedo y que, bajo el ropaje del poder, no hay más que una sombra vacía.

sin título

No empezó con una decisión.
Empezó con un gesto repetido
hasta volverse forma.
El cuerpo aprendió antes que la palabra.
Aprendió a tensarse,
a callar en el momento justo,
a confundir cuidado con distancia.
Lo que después se llamó carácter
fue, muchas veces, una defensa eficaz.
Lo que se sostuvo como fortaleza
nació de no tener otra opción.
Hubo señales.
Siempre las hubo.
Pero mirar también es una forma de riesgo,
y no siempre se estuvo dispuesto.
El tiempo no ordenó nada:
solo acumuló escenas.
Algunas claras.
Otras opacas.
Otras imposibles de nombrar
sin que algo tiemble.
No todo lo aprendido sirvió para vivir mejor.
Algunas estrategias siguieron funcionando
cuando ya no hacía falta.
Persistieron por inercia,
como un músculo que no sabe soltar.
Nombrar no devolvió la calma.
Apenas trazó un borde.
Un límite mínimo
entre lo que se repite
y lo que, tal vez, podría transformarse.
No hay cierre.

Hay restos.

Y en esos restos, a veces,
una forma precaria,
pero suficiente,
de seguir
sin forma todavía.

Cuando ya no es útil como actor de reparto

Fue el andamio que usaron para armar la estructura, el impulso en la sombra para que el otro subiera; sostuvo los miedos, allanó la llanura, y puso sus hombros para que el otro creciera.

Lo vieron como el medio, como el puente, el camino, alguien que resolvía mientras el otro planeaba; fue la pieza exacta, el apoyo genuino, la herramienta dispuesta que el otro necesitaba.

Hoy nota con pena que no había un lazo de veras, que su mano era solo un recurso en un plan; que le daban lugar mientras él les sirviera, como el hambre que olvida que hubo trozos de pan.

Ahora que el otro está donde quería estar, su presencia le sobra, su palabra le estorba; ya no necesitan a quien supo empujar, y el silencio es la paga que la ingratitud le otorga.

Descubre por fin, en ese frío escenario, que nunca fue socio, ni amigo, ni par; fue un actor de reparto, un gasto necesario, que hoy, por haber cumplido, lo invitan a marchar.

Lo que no debía salir

No fue una traición ruidosa.
No hubo golpes ni escenas.
Fue algo más pequeño
y por eso más preciso.
Confié sin ceremonia.
Como se confía cuando el cuerpo baja la guardia,
cuando la palabra deja de cuidarse
y se apoya.
Lo que dije no pedía protección,
pedía silencio.
No era un secreto para esconder,
era una verdad frágil
que sólo podía existir
si quedaba entre dos.
Pero circuló.
Tomó aire fuera de su lugar.
Cambió de boca, de forma, de intención.
Y volvió a mí
convertida en ruido.
Ahí entendí
que no todos saben sostener lo que no les pertenece.
Que hay manos hábiles para recibir
y torpes para guardar.
No me duele lo dicho.
Me duele el error de lectura.
Haber confundido cercanía con cuidado,
presencia con lealtad,
interés con resguardo.
Desde entonces la palabra pesa distinto.
No por miedo,
sino por aprendizaje.
Hay cosas que no se ocultan:
se eligen.

Y hay vínculos que no fallan por maldad,
sino por incapacidad de sostener
lo que no les conviene repetir.

No perdí un secreto.

Perdí una ilusión más difícil de nombrar:
la de haber hablado
en el lugar correcto